

EL IMAGINADO PLANETA ROJO

Miquel Barceló

Tim Burton lo ha visto claro y así nos lo ha mostrado en su reciente "*Mars Attacks!*": la imagen tópica del extraterrestre ha sido siempre la de esos supuestos "marcianos" que, desde los mal interpretados "*canali*" de que hablara Schiaparelli en 1877, han poblado la imaginación de muchos: los "marcianos" son bajitos, verdes, cabezudos y, todo hay que decirlo, más bien perversos y malvados.

Hoy sabemos que Marte es muy distinto de lo imaginado por Percival Lowell en su libro "*Marte*" (1896). Para Lovell, Marte era un mundo frío, árido y lleno de rojos desiertos, pero con unas escasas áreas de tierra cultivable perfectamente capaces de sustentar la vida. Por eso Herbert G. Wells, en "*La guerra de los mundos*" (1898), hacía llegar de Marte una amenaza que, años más tarde, Orson Welles convertiría en pánico generalizado en toda norteamérica cuando, en 1938, realizó la famosísima versión radiofónica de esa novela.

Ochenta años después de Lowell, los datos del Viking nos aportaron la evidencia de lo que muchos ya sospechaban: un planeta extremadamente frío, casi sin atmósfera y sin vida. No hay marcianos.

Pero, mientras tanto, la ciencia ficción ha usado y abusado de Marte como posiblemente no haya hecho con ningún otro lugar del universo. Ese Marte imaginado contempló las extravagantes aventuras de John Carter, escritas por Edgar Rice Burroughs (el creador de Tarzán). La serie se inicia con "*Una princesa de Marte*" (1912), una heroína tal vez guapa pero, por cierto, de piel rojiza y reproducción ovípara...

Marte fue también el planeta donde Stanley Weinbaum imaginó uno de los seres más curiosos de la ciencia ficción de todos los tiempos: Tweel, el pseudo-avestruz de "*Una odisea marciana*" (1934). Y fue también el referente poético de ese Marte imposible pero entrañable de las "*Crónicas marcianas*" (1950) de Ray Bradbury que tanto gustaron a Jorge Luis Borges. Y ello sin olvidar las irónicas y divertidas peripecias de esos marcianos incordiantes y chismosos de "*Marciano, vete a casa*" (1955) de Fredric Brown, o ese iluminado mesías marciano que lo revolucionaba prácticamente todo en "*Forastero en tierra extraña*" (1961) de Robert A. Heinlein.

Imaginación desbordada que se refería a Marte sin atender a su posible realidad, aunque hubiera curiosas excepciones como "*Las arenas de Marte*" (1951) de Arthur C. Clarke, que no marcaron la pauta. Pero el Viking lo cambió todo. En los años setenta, la ciencia ficción comprendió que, a falta de marcianos, si ha de

haber vida en Marte habrá que modificar o bien al ser humano o, mucho más agresivamente, alterar toda la ecología planetaria marciana para que pueda albergar con comodidad la vida nacida en la Tierra.

En el primer caso, Frederik Pohl, en "*Homo Plus*" (1976), postula el uso de la cirugía y nuevos órganos artificiales para completar aquello que nos ha proporcionado la evolución. Para explorar y vivir en Marte, el *Homo sapiens* deberá convertirse en un nuevo ser (ese *Homo plus* del título), un cosmonauta cyborg, mitad humano y mitad robot con mayores pulmones para respirar una atmósfera enrarecida, ojos multifacetados adaptados para ver en la gama de los infrarrojos, una piel casi acorazada, alas añadidas para incorporar baterías solares que alimenten su mitad cibernética, y un largo etcétera de modificaciones. Ese sería el precio de querer habitar el planeta rojo.

La otra posibilidad es la "*terraformación planetaria*", uno de los más descomunales proyectos de ingeniería biológica que el ser humano ha imaginado: modificar la entera ecología de un planeta para que, en el menor tiempo posible, desarrolle unas condiciones adecuadas para que los seres humanos podamos vivir en él. Fue el recientemente fallecido Carl Sagan quien abordó el tema de la terraformación en su interesante libro de divulgación científica "*La conexión cósmica*" (1973). Y una reciente trilogía de Kim Stanley Robinson: "*Marte Rojo*" (1991), "*Marte Verde*" (1992) y "*Marte Azul*" (1996), es, hasta la fecha, la mejor muestra de esa necesaria y escalonada transformación del planeta rojo hasta convertirse en otro maravilloso planeta azul, hijo esta vez de la tecnología del *Homo faber*.